

La periodista Inés Martín Rodrigo gana el Nadal con la novela 'Las formas del querer'

● Se trata de una ficción de amor y memoria que defiende el valor de la literatura

BARCELONA. Inés Martín Rodrigo (Madrid, 39 años) cumplió ayer un sueño. Se convirtió en la ganadora del Premio Nadal de novela, que falló su 78 edición y que por segundo año consecutivo no pudo celebrar la tradicional y multitudinaria velada literaria debido a una pandemia que no da tregua. La periodista y escritora se lo adjudicó con 'Las formas del querer', su segunda novela, armada en torno a la memoria familiar de Noray, la protagonista, y en la que indaga en todas las formulaciones y posibilidades del amor.

«Hay tantas formas de querer como seres humanos», explicaba con emoción la ganadora, periodista cultural y flamante dueña «del premio más bonito» con el que soñaba, dotado con 18.000 euros y decano de los galardones literarios en España. Martín Rodrigo, que trabaja en la sección de Cultura del diario 'ABC'.

La novela ganadora reflexiona sobre el amor esculpido en una historia familiar. Tras la muerte de sus abuelos, Noray se encierra y escribe el libro que tenía pendiente y que la aterrizzaba, jugando con los recuerdos familiares a lo largo de toda una vida. «Creo en el poder reparador y terapéutico de la literatura», explicó la autora, que reconoce que para ella ha sido tan balsámico escribir esta novela como para su protagonista. «Lo que no se nombra no existe y yo, como Noray, con su novela he buscado alivio y luz», admitió.

Martín Rodrigo había publica-



Inés Martín Rodrigo dedicó un libro a la periodista Sofía Casanova y publicó sus entrevistas. EFE/TONI ALBIR

do antes 'Azules son las horas' (Espasa, 2016), en que novelaba la vida de Sofía Casanova, la primera corresponsal de guerra española. Ahora da un golpe de timón y habla de una joven que se ancla a la tierra y a la palabra como esos norays a los que se aferran los barcos y los buques en los puertos. «Ella, como yo, encuentra el consuelo de las palabras en la dura historia de su familia y su abuela Carmen», avanza de un relato que transcurre desde la Guerra Civil al siglo XXI y que estará en las librerías el 2 de febrero.

La protagonista acabará descu-

briendo que «la mejor manera de amar es ser fiel a sí misma», dijo Martín Rodrigo, que llevaba dos años a vueltas con un relato «que me ha acompañado toda mi vida» y que dedicó a su madre, Aurora, fallecida cuando ella tenía 14 años. «No nos olvidemos de que los mayores son, además de nuestra memoria, nuestra raíz y nuestra ancla con la vida».

«Vivimos tiempos oscuros, convulsos y difíciles, con crímenes de odio y homófobos, y es más necesario que nunca saber que hay tantas formas de amar como seres humanos: que son infinitas las formas de querer co-

mo dice el título de la novela», dijo. Acabó definiendo su obra como «una colcha literaria hecha con retazos de mi memoria para inventar y en el que me he dejado contaminar por los recuerdos familiares, pero teniendo muy claro que cualquier parecido con la realidad es pura ficción y que el espejo de la literatura te devuelve un reflejo que nunca miente». En la misma y atípica velada se falló el 54 Premio Josep Pla de prosa en lengua catalana: lo logró el también periodista Toni Cruanyes (Canet de Mar, 47 años), por 'La Vall de la llum'.

MIGUEL LORENCI

José Luis Melero, Medalla de Plata del Mérito a la Justicia

ZARAGOZA. La ministra de Justicia María Pilar Llop Cuenca le ha concedido la Medalla de Plata del Mérito a la Justicia, la cruz de San Raimundo de Peñafort, a José Luis Melero Rivas (Zaragoza, 1956), que ha ejercido durante 42 años como oficial del Registro de la Propiedad de Zaragoza. La habían solicitado para él todos los registradores, a iniciativa del registrador Miguel Temprado Aguado.

«Fue una sorpresa enorme recibir el otro día la carta -dice José Luis Melero-. Además de mi vida pública como escritor, bibliófilo o lo que sea, que no sé lo que soy, tuve una vida profesional exigente a la que dediqué muchas horas y muchos esfuerzos. Que te recompensen al final cuando te jubilas es una gran alegría. Estoy contento», dice.

La Orden de la Cruz de San Raimundo de Peñafort es una condecoración civil que premia los méritos contraídos por cuantos intervienen en la Administración de Justicia, el cultivo del derecho o los servicios prestados en actividades jurídicas vinculadas al Ministerio de Justicia.

Autor de una docena de libros y columnista de HERALDO, Melero es académico de la Real Academia de Bellas Artes de San Luis, premio Santa Isabel de Portugal e Hijo Predilecto de Zaragoza. Acaba de publicar 'Lecturas y pasiones' (Xordica), donde recopila sus artículos de los jueves en 'Artes & Letras'.

A. C.

Hierro, el poeta que paseaba «el maletín de oxígeno celeste»

Jesús Marchamalo y Antonio Santos publican en Nórdica un libro ilustrado sobre el escritor, ganador el Cervantes, en el centenario de su nacimiento

ZARAGOZA. Un clásico de estas fechas es la pequeña joya que hacen todos los años el escritor y periodista cultural Jesús Marchamalo (Madrid, 1960) y el artista Antonio Santos (Huesca, 1955) para la editorial Nórdica, que cumple 15 años: se trata de un perfil, con hechas de cuento, de un personaje literario importante: Kafka, Pessoa, Baroja, Machado, Karen Blixen, etc. Ahora, en vísperas de su centenario, le ha tocado al poeta José Hierro (1922-2002), que logró los premios más importantes: el Adonais, el Nacional de las Letras o el Cervantes.

A la prosa miniada de Marcha-

malo, que encuentra su mejor expresividad en el vaivén de los adjetivos y en la acumulación de detalles, se suman los dibujos y los grabados de Santos, siempre sugerentes, magistrales, que dominan a la perfección el binomio del blanco y negro.

Marchamalo recuerda, de entrada, algunos detalles de José Hierro, que hizo muchas cosas, entre ellas deambular por varias cárceles de España, desde 1939 a 1944, y fue un superviviente de posguerra; antes de conocer el presidio por dentro, iba con su madre a visitar a su padre preso, e hizo todo lo posible para olvidar la pena del progenitor y su propia cautividad. Escribía en el bar, con «un chinchón seco, un poco aguado, en copa, y se encendía un cigarro: un Ducados que acababa convertido en humo espeso, acogedor como la niebla, y



Hierro por Antonio Santos. NÓRDICA

que le acabaría quemando los pulmones».

Además de escribir en cuadernillos, «con la certeza de que acabaría deforestando Europa con sus versos», también hacía dibujos con un rotulador de punta fina, y redondeaba la obra, que tendía a ser arborescente, «extendiendo la tinta con los dedos». El niño Pepín no tardaría en trasladarse de Madrid a Santander, donde le sorprendió la Guerra Civil y donde tendría amigos decisivos: Gerardo Diego, que sería su maestro, y sobre todo el poeta José Luis Hidalgo.

El mar le inspiró muchos poemas, y dice Marchamalo que acabaría construyéndose una casita, «sin luz ni agua corriente, frente al mar», a la que llamaban 'El minifundio' y pensaban los vecinos que era el espacio de un loco.

Uno de sus primeros oficios fue

el de apuntador, y antes había ganado un premio infantil, con doce años, 'La leyenda del almendro'. Con el paso de los días, sería acusado de auxilio a la rebelión y acabaría en la cárcel. Antes de los 18, fue condenado a doce años y un día de reclusión. Lo soltaron en 1944 y su amigo José Luis Hidalgo le dijo que tenía un empleo para él. No era cierto. Se instaló con su maleta de madera en una pensión, e hizo un poco de todo: repartió leña, redactó biografías por encargo, frecuentó a las mozueltas y las tertulias de madame Leontine y a la vez se volcó con la poesía de todas las formas posibles: en las revistas, con sus libros; también se dedicó al arte, y no solo hacía acuarelas sino que redactaba críticas de pintura y catálogos. Y trabajaría con gusto y profesionalidad en todo ello en Radio Nacional de España.

Aunque lo esencial de él fue su poesía: 'Tierra con nosotros', 'Alegría', 'Quinta del 42', 'Cuanto sé de

mí', 'El libro de las alucinaciones'; logró todos los galardones...

Al final el tabaco fue su principal enemigo, y hubo de llevar con él «el maletín de oxígeno celeste». Poco antes de morir publicó uno de sus mejores libros, 'Cuaderno de Nueva York', su gran homenaje a la ciudad, a García Lorca y su 'Poeta en Nueva York', a la música y al desconcierto de vivir: «Después de tanto, todo para nada», escribió, como dice Marchamalo. Por tener, este guerrero de aspecto turco tenía un bosque particular de cipreses, y plantaba uno, un mes antes del parto, cada vez que iba a nacer un niño.

Este año se hablará mucho de José Hierro. Cronista cultural, rapsoda, pintor de nerviosas manos. Excepcional poeta y también todo un personaje. Jesús Marchamalo y Antonio Santos dan el primer apunte inolvidable y entrañable en Nórdica. Un libro simpático para siempre.

ANTÓN CASTRO